

ellas sería completamente inútil. Sin embargo, habla, si crees poder conseguirlo.

CRI. Nada tengo que decir, Sócrates.

Sóc. Entonces quedémonos, amado Critón, y sigamos el camino por donde Dios nos conduce.

FIN DE CRITÓN

PHEURO Ó DE LA BELLEZA

SÓCRATES Y PHEURO

Sóc. ¿Adónde vas y de dónde vienes, querido Pheuro?

PHE. Vengo, Sócrates, de la casa de Lysias, hijo de Cephalo, y voy á pasearme junto á las murallas, porque he pasado en su casa sentado toda la mañana; y por seguir el precepto de Acumenos, nuestro común amigo, me paseo por los caminos, lo que me parece más sano que pasearse bajo los pórticos.

Sóc. Tienes razón, amigo mío. Pero, á lo que parece, Lysias está en la ciudad.

PHE. Sí, en la Morychia, en la casa de Epicrato, junto al templo de Júpiter Olímpico.

Sóc. ¿Y en qué os entreteníais? ¿Acaso Hipias te regalaba con discursos?

PHE. Lo sabrás si te tomas la molestia de acompañarme y oirme.

Sóc. Así debes creerlo.

PHE. Pues bien, comienzo... Pero, en verdad, Sócrates, que no he logrado retener el discurso al pie de la letra. Sin embargo, recuerdo perfectamente todos los argumentos presentados por Lysias prefiriendo el amigo frío al apasionado, y voy ordenadamente y en resumen á presentártelos. Comienzo por el primero.

Sóc. Perfectamente, querido amigo; pero antes enseñame lo que con la diestra escondes bajo el manto, porque me sospecho que sea el discurso. Si lo adiviné, créeme, por lo mucho que te quiero, que estando aquí el mismo Lysias no puedo permitir que me sirvas de materia de ejercicio. Ea, enseñame eso.

PHE. Basta de chanzas, amigo Sócrates; veo que debo renunciar á la esperanza que tenía de ejercitarme á expensas tuyas; pero ¿dónde quieres que nos sentemos para hacer esa lectura?

Sóc. Apartémonos por este lado, y siguiendo el curso del Illiso, acaso hallemos un sitio solitario para sentarnos.

PHE. Excelente idea, porque yo me he salido sin calzado y tú no sueles llevarlo. Podremos así marchar por la misma corriente y bañarnos los pies, lo que á esta hora, y en la estación actual, no podrá desagradarnos.

Sóc. Vamos, pues, y busca un sitio donde sentarnos.

PHE. ¿Ves aquel plátano tan elevado?

Sóc. Sí.

PHE. Bajo su copa hallaremos sombra, una ligera brisa y hierba para sentarnos ó recostarnos si queremos.

Sóc. Vamos allá.

PHE. Dime, Sócrates, ¿no está por aquí, á las márgenes del Illiso, el sitio donde Bóreas robó, según dicen, á la ninfa Orithya?

Sóc. Así dicen.

PHE. Acaso fuera aquí mismo. Las ondas puras y transparentes parecen sonreír, y estas orillas son poéticas y alegres, como si esperasen los juegos de las jóvenes doncellas.

Sóc. Pero no es aquí, sino un poco más abajo donde se pasa la corriente para ir al templo de Diana cazadora. Allí hay un altar consagrado á Bóreas.

PHE. No lo recuerdo bien. Pero dime, Sócrates, ¿crees en tan maravillosa aventura?

Sóc. Y aunque lo dudase, no me afectaría eso mucho. Pudiera mostrar aquí los recursos de mi espíritu diciendo que el viento norte la hizo caer desde las rocas vecinas, donde jugaba con Pharmacea, y que esta muerte dió lugar á la fábula de su rapto por Bóreas; también pudiera trasla-

dar la escena á las rocas del Areópago, porque hay otra leyenda que dice que en tal sitio, y no en el que ahora ocupamos, se verificó el rapto. Por mi parte, querido Phedro, parécenme esas explicaciones las más gratas del mundo, pues que exigen un hombre hábil y que no se perdone trabajo; y aun así llega éste á verse en el caso de explicar la forma de los hipocentauros, pegasos, quimeras y otros muchos monstruos cuyo número y extravagancia asustan. Si nuestro incrédulo pone en tortura su sabiduría vulgar para reducir cada una de ellas á proporciones regulares, deberá tomarse gran trabajo. Yo, por mi parte, no tengo tiempo para consagrarme á tales disquisiciones, y voy á decirte la razón. Aun no he podido cumplir el precepto de Delfos conociéndome yo mismo, y en esta ignorancia me parece superfluo tratar de conocer lo que me es extraño. Renuncio por eso á profundizar todas esas historias, y me remito en este punto á las creencias públicas; y, como decía hace un momento, en lugar de explicarlas, me ocupo en observarme. Quiero saber si soy un monstruo más furioso y complicado que Typhón, ó un animal más dulce y más tranquilo, á quien dotó naturaleza de un destello de divina sabiduría. Pero, amigo mío, creo que hablando hemos llegado al árbol donde nos propusimos.

PHÉ. Efectivamente; este es.

Sóc. ¡Magnífico retiro! ¡Qué plátano tan elevado y frondoso! Y este agnocasto de atrevido tronco y florida copa parece florecer de intento para embalsamar con sus aromas este sitio. Nada más delicioso que la corriente que baña este plátano, y nuestros pies son testigos de su agradable frescura. Indudablemente este sitio debe estar consagrado á las ninfas y al Acheloüs, á juzgar por las figuras y estatuas. ¿No crees que la brisa que aquí se mueve tiene cierto perfume y suavidad? En el canto de las cigarras se nota una viveza que recuerda el verano; pero lo que más me admira es la espesa y crecida hierba, que nos permite reclinar dulcemente la cabeza sobre el suelo, ligeramente inclinado. Eres, querido Phedro, un excelente guía.

PHÉ. Admirable Sócrates, eres un hombre extraordinario. Porque, verdaderamente, al escucharte se te tomaría mejor por un extranjero á quien se le hacen los honores del país que por un habitante de Ática. Al parecer no has salido nunca de Atenas, no sólo para un viaje fuera de las fronteras, sino tampoco para pasear fuera de los muros.

Sóc. Perdona, amigo mío. Esto es que deseo instruirme. Ahora bien: los campos y los árboles nada tienen que yo pueda aprender, y no puedo

hacer progresos más que en la ciudad, en la sociedad de los hombres. Con todo eso, creo que has hallado el medio de curarme de esa afición perezosa. Es fácil hacerse seguir de un animal hambriento agitando delante de él una rama verde ó cualquier fruto; y tú, mostrándome este discurso y este cartapacio que le contiene, podrás hacerme dar la vuelta á Ática, y llevarme de una á otra parte si quieres. Pero, en fin, puesto que hemos llegado, voy á tenderme sobre la hierba. Escoge la posición que te parezca más cómoda para leer, y comienza.

PHE. Escucha, pues.

«Conoces todos mis sentimientos, y sabes que miro la satisfacción de mis deseos como cosa que á los dos nos aprovecha. No sería justo rechazar mis súplicas, porque no soy tu amante. Porque los amantes, apenas están satisfechos, cuando ya sienten todo lo que han hecho por el objeto de su pasión. Pero los que no sienten amor no pueden nunca arrepentirse; porque no es la fuerza de su pasión quien les ha llevado á hacer á su amigo todo el bien que han podido hacerle, sino que han obrado libremente, juzgando que servían así sus más caros intereses. Los amantes consideran el perjuicio que su amor ha causado á sus quehaceres, cuentan sus liberalidades, agregan á ellas el número de todas las penas que han suffi-

do, y creen después de largo tiempo haber asegurado bastante el reconocimiento del objeto amado. Pero los que no están enamorados no pueden ni alegar los negocios descuidados, ni llevar en cuenta las penas que han sufrido, ni quejarse de las querellas que han tenido con su familia. No pudiendo pretextar todos estos males que no han sufrido, no van más que á buscar con ansiedad todas las ocasiones de ser agradables á su amigo.

»Acaso se alegrará en favor del amante que su amor es más vivo que una amistad ordinaria, y que está dispuesto siempre á decir ó á hacer todo aquello que puede agradar á su bien amado, y á afrontar por él el odio de todos; pero es fácil hallar lo vano de este elogio, puesto que, si su pasión llega á cambiar de objeto, no vacilará en sacrificar á los nuevos sus antiguos amores, y aun á dañar al que ayer amaron, si el amante de hoy se lo exige.

»Luego no es racional conceder favores tan preciosos á un hombre atacado de mal tan incurable, que nunca tratará de curarle ninguna persona sensata, porque los amantes mismos confiesan que su espíritu está enfermo y que ellos carecen de sentido común; saben perfectamente, según dicen, que están fuera de sí mismos y que no pueden dominarse. Y si esto es así, ¿cómo, al

volver á entrar en sí mismos, han de poder aprobar las resoluciones adoptadas en este estado de delirio?

»Además, si entré tus amantes quisieras conceder la preferencia al más digno, no podrías escoger sino entre un número muy reducido; por el contrario, si buscas entre los demás aquel cuya amistad te sea más conveniente, podrás escoger entre millares, y probablemente en esta muchedumbre hallarás el que merezca tus favores.

»Si temes la opinión pública; si temes que por tus relaciones has de tener que avergonzarte ante tus conciudadanos, piensa en que es muy natural que un amante que piensa en hacerse envidiar, mientras él mismo se crea envidiable, sea indiscreto por vanidad y ponga su vanagloria en publicar por todas partes que no ha perdido su tiempo ni su trabajo. El que, dueño de sí mismo, no extravié al amor, preferirá la seguridad de su relación al placer de jactarse de ella. Agrega á esto lo de que todos reconocen un amante viéndole seguir constante los pasos á su bien amado, hasta el punto de que llegan á no poder hablarse sin que todo el mundo sospeche que la mutua atracción les obliga por algún vínculo ya contraído ó que va entre ellos á estrecharse. Pero los que no están enamorados pueden vivir en la mayor familiaridad sin que de ellos se sospeche, por-

que es sabido que deben permitirse las sociedades formadas por la amistad ó por la necesidad de procurarse alguna distracción.

»¿Tienes algún otro motivo de temor? ¿Juzgas que las amistades son pocas veces duraderas, y que una ruptura, siempre mala para entrambos, te será más funesta después de sacrificarla todo lo más precioso que tienes? Si es así, á nada debes temer tanto como á un amante. Una nada basta para enojarle, y cree que todo se hace para perjudicarlo. Por esto prohíbe al objeto de su amor que se relacione con otras personas; teme que han de vencerle las riquezas del uno, ó el talento de otro, y siempre está en guardia contra el ascendiente de los que sobre él tienen alguna ventaja. Así, te lleva á que te enojos con todos y te reduce á no tener más que un amigo; ó si pretendes ser más sabio que tu celoso, llegarás al fin y al cabo á una ruptura. El que no está enamorado, y el que debe á la estimación que inspiran sus virtudes los favores que desearía, no tiene celos de los que familiarmente viven con su amigo, antes llegaría á aborrecer á los que de su trato huyeran, porque en este alejamiento vería una señal de desprecio, conociendo y aplaudiendo las ventajas de ciertos vínculos. Parece, pues, que, en estas condiciones, la complacencia afirma la amistad y no puede producir la aversión. Además, la

mayor parte de los amantes se prendan de la hermosura del cuerpo antes de conocer la energía del espíritu y experimentar el carácter; y así, no se puede asegurar si su amistad debe sobrevivir á la satisfacción de sus deseos. Los que por el amor no están turbados, y si unidos por la amistad, antes de obtener otros favores no podrán ver en estas complacencias un motivo de enfriamiento, sino más bien una prenda de favores en lontananza.

»¿Quieres ser cada día más virtuoso? Fíate en mí más que en un amante. Éste aplaudiría todas tus acciones y palabras, sin cuidarse del bien ni de la verdad en ellas encerrados, ya cegado por su pasión, ya por el temor de desagradarte. Tales son las ilusiones del amor. El amor desgraciado se aflige por lo que á nadie debiera conmovér; el afortunado todo lo encuentra sublime, hasta lo más indiferente. El amor es, pues, más digno de lástima que de envidia. Si, por el contrario, accedes á mis deseos, no me verás buscar en tu intimidad un efímero placer, sino que sabré vigilar por tus intereses más constantes; porque, libre de amor, seré constantemente dueño de mí; no por frívolas causas me abandonaré á furiosas iras, y aun por los motivos más graves vacilaré en abrigar el más ligero despecho. Lleno de indulgencia por los errores involuntarios, me esforza-

ré en prevenir las ofensas intencionadas. Tales son los caracteres de una amistad que el tiempo no entibiará.

»Acaso también creas que la amistad sin el amor es débil y lánguida; si esto fuera así, no tendríamos sino indiferencia para nuestros hijos y parientes, y no podríamos estar seguros de la fidelidad de nuestros amigos, el dulce trato de los cuales, y no la pasión, ha hecho nacer la amistad. Finalmente, si es justo conceder los favores á aquellos que con más ardor los desean, también deberá favorecerse siempre, no á los más dignos, sino á los más indigentes; porque librán-
doles de los males más crueles, se nos pagará con el reconocimiento más vivo. Así, cuando des una comida, deberás invitar, no á tus amigos, sino á los mendigos y hambrientos; porque éstos te amarán, te seguirán por todas partes, se presentarán en tu puerta demostrando la más grande alegría, serán siempre los más agradecidos y harán votos por tu prosperidad. Pero parece, al contrario, que tú debes favorecer, no á éstos, en los cuales los deseos son más violentos, sino á aquellos que sepan mejor manifestarte su reconocimiento; no á los más expresivos, sino á los más dignos; no á los que sólo aspiren á coger la flor de tu juventud, sino á los que en tu vejez te hagan partícipe de todos sus bienes; no á los que por todas

partes se vanaglorien de su triunfo, sino á aquellos á los cuales el pudor hará callar ante todos; no á los que se muestren entusiastas durante algunos días, sino á aquellos en los que la amistad siempre igual no acabe sino con la vida; no á los que, una vez satisfecha su pasión, busquen un pretexto para abandonarte, sino á los que, habiendo visto huir con la juventud los placeres, tengan siempre el afán de merecer tu aprecio.

» Acuérdate, pues, de mis palabras, y considera además que los amantes están expuestos á las duras amonestaciones de sus amigos, que vituperan una pasión tan funesta, y que nunca se ha vituperado á nadie por ignorar qué es amor, que nunca se ha acusado de imprudencia á los que no aman.

» Tal vez me preguntarás si te aconsejo conceder tus favores á todos los que no son tus amantes; yo te responderé que un hombre enamorado no te aconsejará igual complacencia para con todos los que te aman, porque favores prodigados así no tendrán iguales derechos al agradecimiento; y si quisieras ocultar tus amistades, no podrías; ahora bien: es preciso que nuestro trato, lejos de dañarnos, nos sea útil á los dos.

» Creo haber dicho bastante; pero si te queda alguna duda; si no he resuelto todas tus objeciones, habla, te responderé.»

¿Qué te parece, Sócrates? ¿Este discurso no es admirable bajo todos conceptos, y sobre todo por la elección de las frases?

Sóc. Maravilloso, amigo mío; me ha pasmado y transportado.

Pero tú tienes alguna parte en la impresión que me ha producido. Yo te miraba durante la lectura, y veía la alegría brillar en tus ojos. Y como pienso que sobre estas materias tu juicio es más seguro que el mío, confíe en tu entusiasmo y participé de tu exaltación.

PHE. Vamos, quieres burlarte.

Sóc. ¿Crees que me chanceo y no hablo con seriedad?

PHE. No seguramente, Sócrates. Pero dime francamente en nombre de Júpiter, que preside á la amistad: ¿crees que hay entre todos los griegos un orador capaz de tratar el mismo asunto con más nobleza y abundancia de frases?

Sóc. ¿Qué dices? ¿Quieres que me una á ti para alabar al orador de haber dicho lo que debe decir, ó solamente por haberse explicado en un lenguaje claro, preciso y sabiamente adornado? Si me pides mi admiración por el fondo mismo del discurso, sólo puedo concedértela por consideración á ti; porque lo débil de mi entendimiento no me ha dejado hallar este mérito, y sólo me he fijado en la expresión. Ahora bien: bajo este

concepto, no creo que Lysias mismo pueda estar satisfecho de su obra. Me parece, querido Phedro, á menos que no juzgues de otro modo, que repite dos ó tres veces las mismas cosas, como hombre á quien faltan la fecundidad y la abundancia de palabras; pero acaso él no se inquieta de este defecto y ha querido hacer un juego, demostrando que es capaz de expresar un mismo pensamiento de muchos modos diferentes y siempre con igual fortuna.

PHE. ¿Qué dices, Sócrates? Precisamente lo más admirable de su discurso consiste en decir todo lo que el asunto exige; de modo que sería imposible hablar de este asunto con mayor exactitud y abundancia.

Sóc. En esto no puedo ser de tu opinión. Los sabios antiguos que hablaron del asunto me convencerían de impostura si yo cometiese la debilidad de asentir en este punto á tus opiniones.

PHE. ¿Y quiénes son esos sabios? ¿Dónde has hallado cosa más perfecta?

Sóc. En este momento no podré decírtelo; sin embargo, tengo la seguridad de haberlo hallado, acaso en la hermosa Sapho, en el sabio Anacreonte ó en algún prosista. Y me inclina á suponerlo así el ver que mi corazón rebosa y que me creo capaz de pronunciar en este punto un discurso tan bueno como el de Lysias. Ahora bien:

yo sé que por mí solo no hubiera inventado nunca cosas tan buenas, porque conozco la limitación de mi genio. Luego los pensamientos que de mi espíritu como de vaso henchido rebosan, debo haberlos bebido en inspiraciones extrañas. Mas mi espíritu es tan indolente, que no sé cómo ni de dónde me han venido.

PHE. Á decir verdad, noble amigo mío, me encanta lo que me dices. No insisto en que me cites esos sabios, ni dónde aprendiste sus lecciones, pero sí en que hagas lo que acabas de prometer y pronuncies un discurso tan largo como el de Lysias y que pueda sin desdoro sostener con él la comparación. Yo á mi vez me obligo, como los nueve arcontas, á consagrar al templo de Delphos mi estatua de oro en tamaño natural, y aun la tuya.

Sóc. Tú, mi querido Phedro, sí que eres inapreciable y vales tanto oro como pesas si piensas que sólo tengo que increpar á Lysias y que me encargaría de tratar el mismo asunto sin parecerme en nada á él. Esto sería imposible aun en el más ínfimo escritor. Si, por ejemplo, se trata de probar que debe atenderse más al amigo frío que al amante apasionado; si me prohibes alabar la prudencia del uno y vituperar el delirio del otro; si no puedo hablar de estos dos motivos esenciales, ¿qué podré entonces decir? Debe tole-

rarse al orador la frecuencia de estos tópicos, y permitírsele, y entonces á él será á quien le corresponda suplir la pobreza de la invención con el arte de la composición. Sólo cuando se trata de razones menos evidentes, y por lo mismo más difíciles de hallar, se reunirá el mérito de la disposición con el mérito de la invención.

PHE. Accedo á tu proposición, que me parece muy razonable. Puedes establecer como principio que el que no ama tiene sobre el que ama la ventaja de estar en plena posesión del sentido común; te lo concedo. Pero si además de estas razones puedes hallar otras más numerosas ó fuertes que los motivos alegados por Lysias, quiero que tu estatua de oro macizo se eleve en Olimpia, junto á la ofrenda de los cypsesidas.

Sóc. Tomas en serio mis palabras, Phedro, porque he atacado á quien amas. Yo he querido solamente entretenerte un poco de tiempo. ¿Pensas acaso que puedo sostener un pugilato de elocuencia con un escritor tan hábil?

PHE. Ya, querido Sócrates, recurres á las mismas astucias que yo; pero tú hablarás de grado ó por fuerza. Vamos á representar una escena muy ensayada, y no me obligues á devolverte tus bromas y repetir tus propias palabras. Si yo no conociese á Sócrates como yo mismo me conozco, entonces ignoraría que lo que desea con

mayor ardor es hablar y que aparenta que no es así. Pues bien; de aquí no nos apartamos sin que antes hayas dado rienda suelta á tu corazón, que rebosa como tú mismo decías. Estamos aquí solos; el sitio no es muy frecuentado, y yo soy más joven y más fuerte. En fin, ya me entiendes; no me obligues á acudir á la violencia, y habla por tu voluntad.

Sóc. Pero, amigo mío, sería ridículo oponer á una obra maestra de un profesor una improvisación de un ignorante.

PHE. Pues bien, sabe una cosa: basta de observaciones, ó te haré que hables sin más que pronunciar una palabra.

Sóc. Dispénsame.

PHE. No, escucha. Esta palabra mágica es un juramento. Juro ¿por quién? por este plátano, que, si no hablas inmediatamente, no te leeré ni recitaré en lo sucesivo ningún discurso.

Sóc. ¡Ah malvado! ¡Cómo has sabido hacerte obedecer sorprendiendo mi flaco, que es la pasión por los discursos!

PHE. Pues bien, ¿tienes algún otro pretexto?

Sóc. No, después de semejante juramento.

PHE. Habla, pues.

Sóc. ¿Sabes lo que voy á hacer antes?

PHE. Veamos.

Sóc. Voy á taparme la cabeza, para poder así

hablar con velocidad mayor, sin que tu vista me llene de confusión y sobresalto.

PHE. Habla y haz todo lo que te parezca.

Sóc. Vosotras, Musas ligias, que debéis vuestro nombre á la dulzura de vuestros cantos, ó á la pasión de los ligios por vuestras divinas melodías, venid; yo os invoco; sostened mi debilidad en este discurso que mi buen amigo me arranca, sin duda para añadir un nuevo título á los muchos que forman la gloria de su querido Lysias.

Había un niño, ó, mejor, un joven, en toda la flor de su infantil hermosura. Tenía éste innumerables adoradores. Uno de ellos, más astuto, pero no menos enamorado que los demás, había logrado convencerle de que no era amor lo que por él sentía. Un día que solicitaba sus favores, trató de demostrarle que debía concederle todo á su indiferencia antes que á la pasión de los demás. Ved aquí su discurso:

«Hijo mío, en todas las cosas, para tomar una resolución sabia, es preciso empezar por conocer bien el fondo de la cuestión; de otro modo, la caída será inevitable. La mayor parte de los hombres ignoran la esencia de las cosas, y, en su ignorancia, de que ellos mismos no se dan cuenta, olvidan desde luego plantear el estado de la cuestión. Así, avanzando en la discusión, les sucede

necesariamente que no se entienden, ni con los demás, ni consigo mismos. Evitemos, pues, este defecto que reprendemos en otros; y puesto que se propone como cuestión si se deben conceder los favores al que es amante ó al que no lo es, empecemos por ponernos de acuerdo en una definición del amor, su naturaleza y efectos, y, ateniéndonos siempre á estos principios, y repitiendo toda la discusión, examinemos si es útil ó dañoso.

»Que el amor es un deseo, es una verdad evidente, y es también evidente que no es siempre amor el deseo de las cosas bellas. ¿Por qué medio distinguiremos, pues, al que ama del que no ama? Cada uno de nosotros debe reconocer que hay en él dos principios que le gobiernan y dirigen, y cuyo impulso le determina: uno es el instintivo deseo del placer, otro el placer reflexivo del bien. Tan pronto están estos dos principios en armonía como se combaten, y la victoria pertenece sucesivamente al uno ó al otro. Cuando el placer del bien, que la razón nos inspira, se apodera del alma entera, se llama sabiduría; cuando el deseo irreflexivo que nos arrastra al placer domina, recibe el nombre de intemperancia.

»Pero la intemperancia cambia de nombre según los diferentes objetos sobre los cuales se ejerce, y las formas diversas que afecta; y el hom-

bre, dominado por la pasión, según la forma particular bajo la cual se manifiesta en él, recibe un nombre que no es bello ni honroso llevar. Así, cuando el deseo de una comida regalada le lleva á la vez sobre el placer del bien, inspirado por la razón y sobre los otros deseos, se llama gula, y los por ella perjudicados son marcados con el epíteto de glotones. Cuando es el deseo de la bebida el que ejerce esta tiranía, ya se sabe el nombre injurioso que se da á aquel que á él se abandona. Por último, sucede lo mismo con todos los deseos de esta clase, y todos saben qué nombres, igualmente vergonzosos, se deben á su tiranía. Adivínase desde luego el punto á que he querido venir después de este preámbulo; sin embargo, creo deberme explicar más claramente. Cuando el deseo irracional, sofocando en nuestra alma este placer del bien, se lanza todo entero sobre el placer que promete la belleza, y cuando se lanza con todo el enjambre de deseos de la misma familia sobre la sola belleza corporal, su poderío se hace irresistible, y, tomando su nombre de esta fuerza poderosísima, se llama amor.¹

Y bien, mi querido Phedro, ¿no te parece, como á mí, que estoy inspirado por alguna divinidad?

¹ ἔρωσ, amor; ἐρρωμένως, con fuerza.

PHÉ. Efectivamente; las palabras fluyen con abundancia inusitada.

SÓC. Calla, pues, para escucharme, porque verdaderamente esto tiene algo de divino; y si en la continuación de mi discurso las ninfas de estas riberas me inspirasen algunos frenéticos transportes, no te asombres. Ya estoy poco alejado del estilo del ditirambo.

PHÉ. Nada más cierto.

SÓC. Tú eres, sin embargo, la causa. Mas presta atención al resto de mi discurso, porque la inspiración podrá abandonarme, aunque cuidado es éste del dios que me posee; por lo que á nosotros concierne, sigamos hablando de nuestro adolescente.

De este modo, amigo mío, hemos determinado el objeto que nos ocupa y hemos definido su naturaleza. Vamos más lejos, y, sin perder de vista nuestros principios, examinemos las ventajas é inconvenientes de las complacencias que se pueden tener, bien por un amante, bien por un amigo que el amor no ha podido tocar. Este que el deseo posee, que la voluntad domina, debe buscar necesariamente en el objeto de su amor el mayor placer posible. Ahora bien: un espíritu enfermo halla su placer en un completo abandono á sus caprichos, mientras que todo aquello que le sobrepuja ó parece desafiarle es insoportable.

Así, el hombre lleno de amor verá impaciente á un superior ó un igual con el objeto de su pasión, y trabajará sin descanso para rebajarle y humillarle debajo de sí mismo. El necio es inferior al sabio, el cobarde al valiente, el que no sabe hablar al brillante orador, el hombre de ingenio grosero al de un talento vivo y grande. Estos defectos, y otros aun más vergonzosos, complacerán al amante si los encuentra en el objeto de su amor; y en el caso contrario, procurará hacerlos nacer en su alma ó sufrirá la persecución de sus placeres efímeros. Pero sobre todo será celoso; privará á aquel á quien ama de todas las relaciones que puedan hacerle más perfecto y más hombre; de este modo le causará un gran perjuicio, y le hará sobre todo un mal irreparable alejándolo del que podría despejar su alma, de la divina filosofía; el amante deseará necesariamente desviar á aquel que ama, por el temor de hacerse para él un objeto de menosprecio. En fin, hará esfuerzos en todo y por todo por sostenerlo en la ignorancia, por obligarle á no tener ojos sino para él; tanto, que el objeto de su amor le será tanto más agradable cuanto más daño se haga á sí mismo. Por consecuencia, bajo el punto de vista moral, no hay guía más malo ni compañero más funesto que un hombre enamorado.

Veamos ahora lo que los cuidados de un aman-

te, cuya pasión obliga á sacrificar lo bello y honesto á lo agradable, harán del cuerpo que posee. Se le verá buscar un hombre joven, débil y sin vigor, educado á la sombra y no á los rayos del sol, extraño á los trabajos duros y á las fatigas del gimnasio, acostumbrado á la vida de muebles delicias, pidiendo al afeite y al aderezo la belleza que ha perdido; en fin, no teniendo nada en su persona ni en sus costumbres que no responda á este retrato. Todo esto es evidente, y es inútil insistir más. Observemos solamente por vía de resumen, antes de pasar á otras consideraciones, que, en la guerra y en los demás peligros, este afeminado joven no podrá inspirar sino audacia á sus enemigos y miedo á sus amigos y amantes. Pero una vez más pasemos por alto estas reflexiones, cuya verdad es manifiesta.

Debemos examinar ahora en qué pueden ser útiles ó dañosas, no al alma ó al cuerpo, sino á los bienes del objeto amado, la sociedad y la influencia de un amante. Para todos, y sobre todo para el mismo amante, es evidente que no desea nada más que verle privado de lo que tiene más precioso, caro y sagrado.

Le verá con alegría perder á su padre, á su madre, á sus parientes, á sus amigos, que mira como censores y obstáculos á su dulce comercio. Si este joven posee grandes bienes metálicos ó

rurales, sabe que le será menos fácil seducirle y que no le hallará tan dócil después de la seducción. La fortuna del que ama le apesadumbrará y se alegrará de su ruina. Por último, deseará verle sin mujer, sin hijos y sin hogar doméstico el mayor tiempo posible, para retardar un momento en el cual cesará de disfrutar sus favores.

Un dios ha mezclado, con la mayor parte de los otros males que atormentan á los hombres, un fugitivo regocijo. Así, el adulador, esta bestia cruel, este fiel tan funesto, algunas veces nos hace gustar un placer muy delicado. El trato de una cortesana, en el cual se señalan con razón los peligros, todas las demás amistades y tratos parecidos, no son, por lo tanto, sino dulzuras pasajeras. Pero no es sólo que el amante dañe al objeto amado; las diarias asiduidades tienen un término desagradable. Un antiguo proverbio dice que los de una misma edad se acercan voluntariamente. En efecto; cuando las edades son las mismas, la conformidad de humor y de gustos que de ella resulta dispone á la amistad, y, sin embargo, también hay disgusto en tales relaciones. Se dice que en todas las cosas es la necesidad pesado yugo, pero sobre todo en la sociedad de un amante de edad distante del amado. Anciano, persigue á uno más joven que

él, y no quisiera dejarle noche ni día; una pasión irresistible, una especie de furor le arrastra hacia aquel cuya presencia le encanta por la vista, el oído, el tacto y todos los sentidos, y encuentra grande dulzura en servirle sin descanso; pero ¿qué placer, qué goce le proporciona en lugar del mortal fastidio que con su importunidad le causa? El joven tiene ante sus ojos un cuerpo quebrantado por los años, afligido por las enfermedades de la vejez, de las que sin extrema repugnancia no se debe ni hablar ni hacer indicación, como incesantemente lo hace. Vigilado por sospechosa envidia en todos sus pasos y conversaciones, ya oye de boca de su amante alabanzas excesivas é indiscretas, ya insoportables censuras, que, en su buen sentido, él mismo se dirige; pero cuando la embriaguez viene á turbar sus facultades, escucha infames ultrajes, que sin vergüenza y sin freno le cubren de vergüenza.

Mientras la pasión subsiste, el amante será un objeto tan funesto como desagradable; perderá la fe cuando la pasión se extinga; hará traición al que seduzca con sus magníficas promesas, ruegos y juramentos, y á quien la esperanza de los ofrecidos bienes pudo únicamente obligar á tan duro comercio. Cuando llega el momento de dejarle, ya obedece á otro maestro y sigue á diferente guía; en él reinan la razón y la sabiduría,

y no el amor y la locura, y, á impulsos del que por él estaba prendado, llegó á convertirse en otro. El joven exige el precio de los favores de otro tiempo; le recuerda todo lo hecho y todo lo dicho, como si hablase al mismo hombre. Éste, en su confusión, no se atreve á convenir en el cambio; no sabe cómo explicar los juramentos y promesas que prodigó bajo el imperio de su loca pasión; ha vuelto, sin embargo, á entrar en sí, y ya es bastante sabio para no dejarse llevar de los mismos extravíos y para no volver á ser lo que fué. Se ve, pues, obligado á evitar al que antes amaba, y, vuelta la suerte, de perseguidor se convierte en fugitivo. Sólo le queda al joven abrumar con inculpaciones, y con su indignación é imprecaciones, por haber ignorado desde el principio que valía más conceder sus favores á un amigo frío y dueño de sí mismo que á un hombre cuya razón está necesariamente turbada por el amor; pues que, obrando de otra manera, se abandonaba á un maestro pérfido, incómodo, celoso, desagradable á su fortuna, á su salud, y sobre todo al perfeccionamiento de su espíritu, que es y será siempre lo más precioso al juicio de los hombres y de los dioses. Ved aquí, hijo mío, las verdades que debes considerar incesantemente, no olvidando nunca que la ternura de un amante no es un afecto benévolo,

sino un grosero apetito que busca su saciedad

Como el lobo ama al rebaño,

Y al bien amado el amante.

Ahí tienes, caro Phedro, lo que decir tenía; nada más diré; con esto termina mi discurso.

PHÉ. (Figurábame que sólo era la primera parte, y que luego hablarías del hombre sin amor) para demostrar que debe favorecersele preferentemente y para demostrar las ventajas que su comercio ofrece. (Por qué, Sócrates, te detienes en la mitad de tu discurso?)

Sóc. ¿No has observado, mi buen amigo, que, si no he llegado aún al tono de ditirambo, mi lenguaje ya abunda en todo género de poesía cuando sólo de vituperios se trata? ¿Qué haré si emprendo el panegírico del amigo prudente? ¿Quieres, después de exponerme á la influencia de las ninfas, acabar de alucinar mi razón? Digo, pues, en resumen, que hay en el comercio del hombre sin amor tantas ventajas como inconvenientes hemos hallado en el del apasionado amante. ¿Para qué discursos más largos? Bastante ya me expliqué sobre los dos pretendientes. Nuestro joven hará de mis consejos lo que mejor le parezca. Yo vuelvo á pasar al Iliso, y huyo antes de que se te ocurra exponerme á mayor violencia.

PHE. Aun no, Sócrates; espera que pase el calor. ¿No ves que aun no es el mediodía, hora en que el sol parece detenerse en lo más encumbrado del cielo? Detengámonos algunos momentos hablando de lo que ya dejamos dicho, y partiremos apenas el fresco se deje sentir.

Sóc. Tienes, querido mío, una pasión portentosa por los discursos, y nunca te admiraré bastante. Pienso que de todos los hombres de tu generación no hay ninguno que haya hecho más discursos que tú, ya por haberlos tú mismo pronunciado, ya por obligar á los demás á componerlos de bueno ó de mal grado.

Yo, sin embargo, exceptúo á Simmias el tebanos; pero ningún otro puede con él compararse. Y ahora creo que vas á arrancarme otro nuevo discurso.

PHE. No seas tan rebelde como antes; veamos de qué se trata.

Sóc. Cuando ahora me disponía á pasar el agua, he sentido esa divina señal que ordinariamente me advierte y me detiene cuando voy á poner en planta alguna resolución. He creído oír una voz que me impedía partir antes de ofrecer alguna expiación á los dioses, como si hubiera cometido alguna impiedad. Soy, es verdad, adivino, aunque no de los más hábiles, sino como aquellos cuya mal formada escritura sólo para

ellos es legible, y con ella me basta para mi uso. Así, adivino la falta por mí cometida. Hay, querido amigo, un poder de adivinación en el espíritu humano. Hace pocos momentos, al hablarte, sentía grande alteración y cierto vago espanto; parecíame que, como dice el poeta Ibyco, los dioses iban á imputarme como un crimen lo que más me honraba á los ojos de los hombres. Sí, ya conozco mi falta.

PHE. ¿Qué quieres decir?

Sóc. Eres dos veces culpable, caro Phedro, por el discurso que has leído y el que me has hecho pronunciar.

PHE. ¿Cómo así?

Sóc. Los dos son pura tontuna y acaso impiedad. No deben, pues, censurarse con excesiva severidad.

PHE. No, sin duda; dices la verdad.

Sóc. ¿Qué! ¿No crees que el Amor es dios é hijo de Venus?

PHE. Así decía.

Sóc. Pues bien: Lysias no ha hablado ni en ti ni en el discurso que por mi boca has pronunciado, mientras tus sortilegios me tenían como encantado. Sin embargo, si el Amor es un dios ó alguna cosa divina, como lo es en efecto, no puede ser malo; ahora bien: nuestros dos discursos le han representado como tal. Son, pues, culpa-